



más allá de la luna

**EL HOMBRE SE PREPARA
INCONSCIENTEMENTE
A ABANDONAR SU MUNDO
PARA IR... ¿A DONDE?**



ESCRIBE:

ALBERTO MORAVIA

HOUSTON.—Generalmente, la ciencia-ficción es la contaminación de una fantasía en absoluto científica, oscuramente radicada en el inconsciente y de aquella parte de la ciencia que es más accesible a los profanos y permite más fácilmente su divulgación. Examinada de cerca la ciencia-ficción, con sus pequeños héroes burgueses y sus aventuras extraordinarias, se manifiesta como una proyección de los terrores y de las veleidades de potencia de las clases conservadoras que se sienten amenazadas o que quisieran amenazar. Por ejemplo: los marcianos de los «comics» americanos son soviéticos. Esto es, los enemigos que vienen de «otro» mundo. Pero con la empresa de Armstrong, Aldrin y Collins se diría que la ciencia-ficción ha abandonado el inconsciente y el futuro y se ha implantado en lo consciente y en lo actual. Era temerosa y aterraba. Se ha transformado en tranquila y reconfortante. Mas no por ello ha perdido su carácter fantástico y pseudo-científico, al mismo tiempo. Sencillamente, después del aterrizaje en la Luna, se descubre que la ciencia-ficción ha penetrado en la vida americana como extensión imaginativa de la efectiva y bien real revolución tecnológica.

Nada puede ilustrar mejor la idea de que la Ciencia-ficción no está ya más en los libros y en los films, sino en la vida cotidiana, que el mismo lenguaje con el que los tres astronautas y los técnicos del control espacial han dialogado durante el vuelo hacia la Luna. Este lenguaje es una de las cosas que más ha impresionado a los europeos presentes en Houston. Se esperaba que los tres astronautas tratasen, ante las maravillas del espacio, de adecuar sus palabras a las maravillas que estaban viendo. Se esperaba, en el fondo, que los tres técnicos de la navegación espacial se expresaran, sino precisamente con el lenguaje de un Dante o un Milton, sí, por lo menos, en el de un Verne. Pero, sobre todo, en fin de cuentas, hubiésemos querido que los tres astronautas se revelaran, ante la maravillosa e increíble experiencia, hombres, esto es, seres dotados de imaginación, de pensamiento, de sentido estético, de cultura.

Un dialoguito cósmico

He aquí, por el contrario, un ejemplo cualquiera de la conversación que todos aquellos que estaban presentes en Houston pudieron escuchar en la gran sala televisiva, mientras se efectuaba el vuelo hacia la Luna:

SC. (Roger) (nombre convencio-

nal para iniciar la frase).—Leemos claro y fuerte. Nuestra inserción está completa y no tenemos anomalía alguna.

CAPCOM.—Roger, quisiéramos pasáros vuestra corrección del azimut «Delta» ahora. ¿Estáis preparados?

SC.—Vale.

CAPCOM.—«Okay». La corrección del azimut «Delta».

SC (Roger).—Vale. Preparados para tomarla.

CAPCOM.—La corrección del azimut «Delta» es 022 positivo; esto es: 22, y nosotros recomendamos la alineación P-52.

SC.—«Okay». Iremos adelante con el P-52, captando el ángulo positivo 022.

CAPCOM.—Roger: Vuestro tiempo LOS en las Canarias es 2.337. Basta.

SC.—2.337.

CAPCOM.—Houston. Roger, va. PAO.—Esta es la sala de control del «Apolo XI». Basándose en las cifras iniciales, el periodo orbital es una hora, veintiocho minutos y dieciséis segundos. Esta cifra será todavía mejor precisada cuando recibamos mejores informaciones de la órbita a través de las indicaciones del radar.

PAO.—El tiempo presente que estamos mostrando es un periodo orbital de una hora, veintiocho mi-

nutos y diecisiete segundos. Continuaremos dando señales de vida a través de la estación de las Canarias.

CAPCOM.—«Apolo XI», esto es, Houston. Un minuto en las Canarias. AOS a Tananarive. 3.704 en el Alpha Simplex VHF. (Fin de la cinta.)

He querido reproducir un pequeño diálogo cósmico de los más breves y también de los más inteligibles. De estos diálogos, la oficina de noticias de la NASA descargaba centenares de folios todos los días, durante el vuelo, sobre las mesas de la sala de prensa. ¿Qué hacer con estos diálogos? ¿Interpretarlos como pruebas de insensibilidad por parte de los astronautas? ¿O bien tratar de comprender por qué hablan de esta manera? Evidentemente esto último es lo más justo.

Este diálogo, en mi opinión, no demuestra que Armstrong, Aldrin y Collins sean unos hombres privados de sensibilidad (si bien, en parte, sea verdad probablemente), en cuanto que la ciencia-ficción, gracias a la tecnología ha entrado ahora en la vida cotidiana y como primera cosa, como en su tiempo lo dijo Verlaine en unos célebres versos, tuerce el cuello a la elocuencia, como si dijéramos, al lenguaje «humanístico». Los astrona-

MERCURIO

Una de sus caras mira al Sol y en ella se alcanzan temperaturas de 340 grados. Su fuerza de gravedad es tres octavos de la terrestre.

VENUS

Las últimas investigaciones señalan que la atmósfera de Venus está constituida en su mayor parte por bióxido de carbono; no hay oxígeno.

MARTE

Es el único planeta en que puede existir algún tipo de vida. Su atmósfera no contiene oxígeno en forma asimilable.

JUPITER

Es el planeta mayor. Hidrógeno, amoníaco y metano componen su atmósfera, absolutamente irrespirable para el hombre.

URANO

Han sido detectados metano, amoníaco y otros gases tóxicos en su atmósfera.

NEPTUNO

La temperatura de su cara visible alcanza los 250 grados bajo cero. También existe metano y amoníaco en su atmósfera.

SATURNO

Atmósfera, temperatura y otras características similares a las de Júpiter. Tiene tres anillos y nueve satélites.

PLUTON

No se conocen bien sus características físicas. Es posible que no exista atmósfera.

MERCURIO: 80 millones de Km.

MARTE: 56 millones de Km.

VENUS: 40 millones de Km.

JUPITER: 588 millones de Km.

← DISTANCIAS MÍNIMAS

URANO: 2.582 millones de Km.

NEPTUNO: 4.310 millones de Km.

SATURNO: 1.196 millones de Km.

PLUTON: 4.300 millones de Km.

tas hablan con cifras, fórmulas, abreviaciones y acrónimos porque, precisamente, no son hombres encerrados en una astronave lanzada hacia la Luna, sino astronautas. Se ha citado a menudo (y equivocadamente en mi opinión) el nombre de Colón a propósito de la empresa espacial, para decir que Colón se hubiese mostrado, en circunstancias análogas, más «humano». Yo creo, por el contrario, que Colón no hubiese hablado de manera diversa si desde su nave hubiese podido comunicar con la Corte de España. Pero, precisamente, Colón, no «podía» comunicar, esto es, no disponía de medios tecnológicos de comunicación. Y como no podía comunicar con los medios tecnológicos, seguía siendo más hombre que técnico de la exploración. En suma: es la tecnología la que ha transformado los astronautas de hombres que eran, en máquinas, no la insensibilidad y otras deficiencias nativas.

El vacío es la patria de la máquina

De un siglo a esta parte, no se habla más que de máquinas y maquinismo. Se ha deplorado o alabado (según los diversos puntos de vista) los aspectos de la máquina. Se ha confrontado la máquina con las plantas, con los animales, con los hombres, para subrayar el carácter informe, el aspecto antiestético. Se ha hablado también del papel de la máquina en la sociedad, papel, que según algunos, de servidor poco a poco se va convirtiendo en señor. Ahora, con el vuelo espacial, el misterio del lugar de la máquina en la sociedad se ha desgarrado finalmente. Sencillamente, el papel final de la máquina en nuestra civilización ha sido el de hacer salir a los hombres de la atmósfera terrestre y de hacerles afrontar el espacio. Y no sólo en cuanto que sin máquinas la exploración del espacio hubiese resultado imposible, sino en tanto que el espacio, esto es, el vacío, es el único lugar realmente adaptado a la máquina, el único lugar donde la máquina se encuentra natural como el árbol en la selva y el pez en el agua. En la atmósfera terrestre, la máquina se ve obligada a competir, y no siempre con ventaja, con las plantas, con los animales, con los hombres. En el vacío, su potente y malograda funcionalidad encuentra perfecta correspondencia en la funcionalidad del cosmos. La máquina sobre la Tierra se mostraba siempre como una extranjera, una intrusa; en el cosmos, ha encontrado finalmente su patria.

Y que esto es verdad lo ha demostrado el hecho de que la notoria afirmación de Marshall Mac Luhan de que la máquina no sería más que una extensión y una prolongación de las facultades humanas, ha sido puesta al revés en el cosmos. En el cosmos sucede lo contrario de lo que ocurre en la Tierra. El hombre se convierte en la prolongación y extensión de facultades propias de la máquina. Así, de esta manera, creo que se explica la conversación tecnológica de Armstrong, Aldrin y Collins con los técnicos de la sala de control. Hablaban como hablarían las máquinas si tuvieran la palabra: es

decir, «prolongan» las máquinas. Y esto no por elección y simpatía, sino por pura necesidad. Lo que después, equivale a decir que no se viaja, no se vive, no se habita en el cosmos, sino renunciando a la propia humanidad y en primer lugar a esto que distingue y caracteriza principalmente al hombre, es decir, la palabra. No la palabra, entendámonos, como símbolo, sino más bien la palabra como expresión de sentimientos. Armstrong, Aldrin y Collins comunicaron, pero no se expresaron.

De esta manera, la ciencia-ficción se ha insertado en la vida cotidiana de los Estados Unidos. Lo demuestran por una parte ciertas manifestaciones de la existencia cotidiana; por otra, la naturaleza reconfortante que ha alcanzado el discurso fantascientífico. Comenzando por el primero de estos dos aspectos, se puede decir que en los Estados Unidos se tiene, a menudo, la impresión de que los americanos, sin percatarse de ello, se están adiestrando, si no para abandonar la Tierra, si por lo menos para liquidar los últimos residuos de ligamen que lo retienen a ella. Por ejemplo, la «middle-class», que es el nervio de la sociedad americana, no habla ni escribe con más de cien palabras, mecánicas y de hecho privadas de vitalidad expresiva, verdaderas «fichas» (1), lingüísticas que vienen cambiadas como monedas. Esta transformación de la lengua más rica y más difuminada del mundo en una máquina para comunicar, se acompaña de otras análogas transformaciones que conciernen a la existencia cotidiana. Bajo el pretexto de la comodidad, el americano tiende siempre a vivir en un artificio que es, por decirlo de una manera tecnológica, una especie de cámara de simulación del artificio supremo y absoluto que es la vida del espacio. Los edificios públicos, todos ellos y muchas de las habitaciones privadas, no tienen ahora casi ventanas y tanto de día como de noche están iluminadas por la luz eléctrica y «acondicionadas» por aire; caliente en invierno y frío en verano. Los alimentos sacrifican cada día más la fragancia a la duración; es decir, adquieren propiedad de incorrupción a través del enlatamiento y la refrigeración que podrían, en el futuro, revelarse inestimables en el espacio. En fin, la comunicación a través de la radio, la televisión y otros medios mecánicos preparan a las futuras soledades cósmicas, alegradas únicamente por el graznar de altavoces a centenares de millares de kilómetros de distancia y el relampaguear de imágenes de falsos colores y contornos confusos de personas y cosas, también desmesuradamente remotas. Pero quizá la prueba principal de que la sociedad americana se prepara inconscientemente al abandono de la Tierra esté en el ejemplo de lo que los americanos han hecho y están todavía haciendo de la naturaleza en su país. Destrucción de la flora y fauna, polución de las aguas, muerte de la tierra, corrupción del aire, todo en los Estados Unidos parece indicar que, en un futuro por fortuna to-

(1) Hace referencia a las fichas telefónicas.

davía lejano, la Luna u otro planeta podrían quizá ser preferidos a New England o a California.

Los autobuses lunares

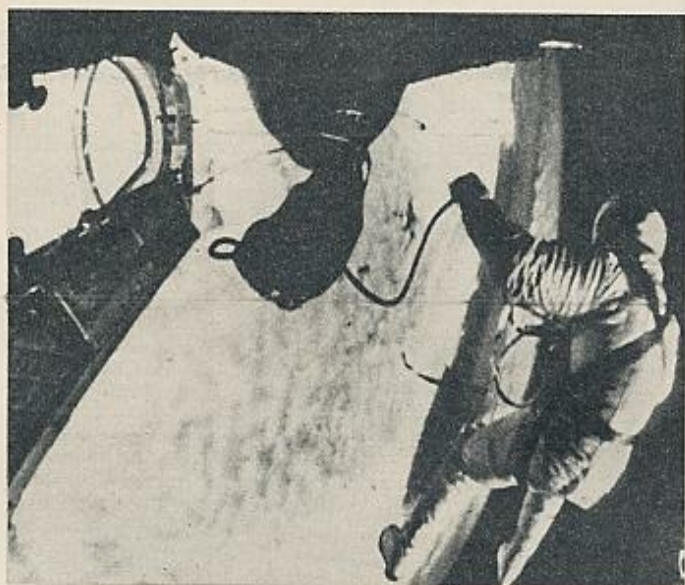
Por lo que concierne a la naturaleza del discurso fantascientífico, constituye una gran sorpresa el que atraiga no solamente a tecnólogos y científicos, sino también a la gente en general, en absoluto relacionada con la tecnología espacial. Lo que en Europa constituye un discurso de especialistas, en los Estados Unidos es el tema de charla de los selectos salones, por no decir de la plaza o de la calle. El cosmos se ha convertido un poco como la Tierra en la publicidad turística. Todos los lugares se muestran igualmente alcanzables. Ocurrirá solamente disponer de una organización y de los medios financieros adecuados. De esta manera se comienza con la Luna (que sería, ahora, algo así como ir a la Costa Azul o la Costa Brava) y se terminará, de hecho, con la nebulosa Andrómeda (que equivaldría a las Amazonas o bien el Nepal).

Lo primero de todo, la Luna. Por tanto, se irá cuanto antes a la Luna con los «shuttle», o sea, los autobuses lunares. El problema será el peso enorme del combustible. Se encontrará alguna manera de dar con combustibles más ligeros y más concentrados; se aprovisionarán las naves en vuelo con el sistema «ducking», pero antes de los autobuses espaciales, se proveerá a la creación de observatorios astronómicos, bien sea orbitales, o construidos en la Luna, tanto en la superficie como en las cavernas.

De la fantasciencia a la realidad

Se transportarán, desmontados, telescopios de la potencia del de Monte Palomar. La ausencia de atmósfera permitirá observar el cosmos con una precisión y una exactitud cien veces mayores que desde la Tierra. Por otra parte, con su conservadurismo geológico, podría revelar, a través del examen de sus rocas, no solamente su propio origen, sino también el de la Tierra y, quizá, el de la vida. Además, si como parece, se encontrara agua en la Luna, entonces, en principio, ya se piensa en la posibilidad de una colonización del satélite. Con el agua, de hecho, se puede crear el aire; disponiendo de agua y aire, se puede lógicamente esperar que se pueda conseguir pronto el cultivo del suelo lunar. Del cultivo a la creación de centros urbanos encerrados en catedrales herméticas y bajo tierra, no hay más que un paso. Como se ve, se ha pasado de la fantasciencia de los «comics», llena de monstruos y peligros, al proyecto realizable y doméstico.

Por lo que respecta a las riquezas de la Luna, podrían ser ingentes. Desde miles de millones de años, la Luna ha estado bombardeada por millones de meteoritos (de ahí, según la teoría más difundida, sus innumerables cráteres) los cuales han creado, de esta manera, inmensos yacimientos de metales. Se sabe cuánto pesarían estos metales: dos mil millones de toneladas. El vacío lunar, por otra parte,



más allá de la luna

sería ideal para la elaboración de los susodichos metales. En fin, incorporado al magma lunar, podría haber también oxígeno en cantidades colosales. Este oxígeno, recuperado con medios biológicos y nucleares, permitiría, de hecho, crear «ex novo» una atmósfera lunar no muy distinta a la terrestre. Así, poco a poco, la Luna cesaría de ser un astro inaccesible, y se convertiría en una especie de sexto continente de la Tierra.

Sobre el planeta hermano

Y está, por otra parte, la impresión de muchos hombres simples. Interrogado acerca del vuelo lunar, un negro de Kenia ha respondido: «Van a la Luna para detener a Dios. Es la usual carrera conquistadora ("scramble") de los blancos, como en el África. Pero la Luna pertenece a los africanos porque se ha demostrado que fue un africano, en los tiempos de los tiempos, quien la vio primero».

Después de la Luna, la primera etapa de la exploración espacial sería Marte. A este respecto se han subrayado la semejanza existentes entre la Tierra y Marte: la temperatura, que tiene una media de treinta grados bajo cero, con extremos, por otro lado, en el Ecuador, de treinta grados sobre cero; la duración del día, aproximadamente de veinticuatro horas; la presencia de una atmósfera, aunque sea aproximadamente cien veces más tenue que la de la Tierra y su circulación, como en la Tierra, originada por el calor solar; la existencia de agua, en forma de humedad; la casi certeza de vida también, aunque esta vida no parezca que sea «inteligente». Las proporciones: la mitad del diámetro terrestre, un décimo de la masa terrestre. La distancia del Sol: una vez y media más que la Tierra. Von Braun, que habla de la Luna ahora como de un suburbio de la Tierra a la cual se llegaría con viajes por él mismo definidos «pendulares», ha dejado entender que la exploración de Marte con una astronave guiada por astronautas

está en estudio en la NASA hace tiempo y podría ser llevada a cabo dentro de los próximos diez años. El planeta rojo, según algunos, podría reservar sorpresas también desagradables, como por ejemplo la existencia de marcianos, criaturas semejantes a nosotros (las condiciones en el cosmos son en todo similares y pueden generar efectos similares), pero no necesariamente desagradables, como por ejemplo los órganos de la vista, aun estando como en nosotros, lo más cercanos posible al cerebro, podrían existir en número superior al nuestro; y los marcianos podrían tener, en vez de un par, dos, tres, cuatro pares de ojos. El viaje hasta Marte podría durar, aproximadamente, tres años: un año para llegar, otro para explorarlo y un tercero para regresar. Pero con su característico optimismo, el doctor Paine, director de la NASA, a quien un periodista le hizo observar que la duración del viaje no era muy animada, respondió: «Nuestros antepasados, hace dos o tres siglos, se embarcaban para viajes a través de los mares, también de tres o cuatro años de duración».

La estrella de Barnard

Después de Marte, las perspectivas espaciales se hacen todavía más fantásticas, sin que por ello cesen de ser curiosamente posibles y «normales». En nuestro sistema solar, ¿no existen planetas en los que se den las condiciones físicas que permitan la vida como en la Tierra? Entonces, ¿por qué no probar con otros sistemas solares de nuestra galaxia? Por ejemplo, ¿por qué no tratar de llegar a Alfa Centauro? ¿O bien a la estrella de Barnard, de la cual se sabe de cierto que tiene por lo menos un planeta del tamaño de nuestro Júpiter? Y si entre los dos mil millones de sistemas solares de nuestra galaxia no se encuentran planetas similares a la Tierra, ¿por qué entonces no arriesgarse hasta una u otra galaxia? Andrómeda, por ejemplo, la cual no dista de nosotros más que dos millones de

**LA MAQUINA
HA PERMITIDO
AL HOMBRE AFRONTAR
EL ESPACIO,
EL VACIO, UNICO
LUGAR
DONDE LA MAQUINA
ES ALGO
NATURAL
COMO EL ARBOL
EN LA SELVA
Y EL PEZ EN EL AGUA.**

años luz. Pero, ¿cómo ir tan lejos? Parecerá extraño, pero también para esta pregunta la nueva fantasciencia doméstica y optimista de estos días tiene una respuesta. No exploraremos Alfa Centauro y Andrómeda: emigraremos.

Como el polen de las flores

La Tierra, un día, bien sea por culpa de los hombres o por culpa de la naturaleza, será inhabitable. Entonces serán construidas astronaves que partirán hacia otros sistemas solares, hacia otras galaxias. Con estas astronaves se partirá para no regresar. Los viajes durarán años, decenios, siglos. Dentro de las astronaves, las generaciones sucederán a las generaciones como en el Génesis. A Alfa Centauro llegarán los hijos de los hijos de los hijos de los hijos de los astronautas. La humanidad, como el polen de las flores, se esparcirá por el Universo, siempre más lejos de la Tierra, ahora muerta y desierta.

Llegados a este punto, lógicamente el discurso fantascientífico se inserta en el discurso moral. En seguida sale a relucir un notorio lugar común: ¿para qué sirve este maravilloso proyecto científico, si el progreso moral no solamente no existe, sino que de hecho se muestra regresivo? Y bien, como habíamos dicho, se trata de un lugar común, por añadidura, basado en la falsedad. En realidad no existen ni el progreso tecnológico ni el moral. El hombre no progresa ni retrocede, pero cambia. Quiquiera que, por ejemplo, tenga un conocimiento tan sólo superficial de la tecnología americana, no puede dejar de admirar la complejidad, exactitud y perfección de los aparatos y de la organización que han permitido enviar los primeros hombres a la Luna. Pero esta complejidad, exactitud y perfección, en un tiempo, eran propias de actividades bien diversas a la tecnológica. Para escribir «Hamlet» o «La Divina Comedia» se ha precisado ciertamente, junto a lo que se suele llamar inspiración creativa, la cual, por otra parte, es indispensable, también a la tecnología, análoga capacidad de complejidad, perfección y exactitud. Hoy, por el contrario, el arte, si se con-

fronta con la tecnología, da la impresión de ser, a menudo, una afectividad presurosa, aproximativa, diletantesca, chapucera, en la cual, mucho, si no todo, está confiado a la casualidad. Lo contrario de lo que le sucede a la tecnología. ¿Pero qué quiere decir esto? Quiere decir probablemente que se ha dado un desplazamiento expresivo del arte por la ciencia.

¿Hay agua en la Luna?

A ninguno le viene hoy a la mente, en los Estados Unidos, afirmar que podría renacer un nuevo Shakespeare o un nuevo Dante. Pero todos parecen seguros de que el viaje a Marte ocurrirá dentro de diez, a lo máximo, veinte años. Naturalmente, la fantasciencia, aunque sea optimista y doméstica, es siempre algo distinto de la ciencia. Para ver lo que dice la ciencia he ido a interrogar al doctor Annexstad, joven científico de lejano origen noruego. Me recibe en su despacho directivo, en la sede de la NASA, donde en estos momentos trabaja en su calidad de selenólogo. Le planteo la primera pregunta:

—¿Hay agua en la Luna?
Annexstad parece dudar.

—Podría darse, pero a grandes profundidades, en forma de hielo geológico, como en Alaska. O bien podría, simplemente, tratarse de una impresión de los astronautas, al ver que el mantillo lunar se pegaba a sus pies. En este caso se trataría no ya de agua, sino de una especie de cohesión de la materia en el vacío.

—¿Oxígeno?



más allá de la luna

—Posiblemente. Pero no podremos decir nada hasta que no hayamos estudiado las muestras traídas de la Luna.

—¿Gérmenes, bacilos, bacterias?

—Tampoco ahora podemos decir nada. Pero me parece poco probable: la Luna es un mundo muerto.

—¿Vida?

—Ya he respondido: no hay condiciones para la vida en la Luna.

—Pero se pueden crear. ¿verdad? Annexstad reflexiona un poco antes de responderme:

—No me he ocupado siempre de la Luna. Por muchos años he vivido en la Antártida, en un observatorio científico norteamericano. Como usted sabe, en la Antártida hay observatorios de once naciones.

Como en la Antártida

—La Antártida —prosigue Annexstad— es uno de los pocos lugares del mundo en los cuales la colaboración científica internacio-

nal prevalece sobre la voluntad de potencia nacional. Cuando la Antártida fue explorada, en los primeros años de este siglo, los exploradores, exactamente como Armstrong, Aldrin y Collins, se limitaron a plantar la bandera y después volvieron a sus casas. Pero ahora, con los medios de la tecnología, podemos vivir. Naturalmente se trata de una vida especial, reducida a lo esencial, en completo aislamiento, en completa clausura. Una vida, en suma, del todo artificial, que se puede afrontar solamente por motivos de investigación científica y después de un adiestramiento particular. El ambiente físico en la Antártida, en mi opinión, presenta algunas semejanzas con el de la Luna. Por ejemplo, el frío conserva las cosas, como en la Luna el vacío. Hemos encontrado la cabaña de Scott, después de medio siglo, intacta, con un vaso en la mesa y la puerta semiabierta. Así, tanto en la Antártida como en la Luna, no se puede destruir nada. Todo se conserva, nada se corrompe. Por eso pienso que la Luna es un poco como la Antártida. Iremos a la Luna, viviremos, pero solamente con fines científicos, de manera del todo artificial.

—¿Usted diría entonces que la Luna tiene la misma importancia que la Antártida?

—No. Creo que la importancia científica de la Luna es mucho mayor que la de la Antártida.

—¿Por qué?

—Porque la Luna no es como la Antártida un punto de llegada, sino de partida.

—¿Para qué?

—Para un estudio siempre más profundo y alto del cosmos.

Las esperanzas de Annexstad

—¿Cree que el hombre podrá adaptarse para vivir en el espacio sin escafandras especiales, involu-cros, aparatos y depósitos de aire?

—No lo creo. El día que se adapte (pero se necesitarían millones de años) no será un hombre, sino cualquier otra cosa.

—Entonces, ¿usted excluye la colonización del cosmos?

Annexstad sonríe.

—La ciencia se ocupa sólo de las cosas que se puede ocupar. Una colonización del cosmos requeriría astronaves lanzadas a una velocidad mayor que la de la luz. Cosa que, por ahora, es imposible. Sería necesario, antes que nada, tener otra concepción de la materia; esto es, salir de la teoría de Einstein. Pero, ciertamente, las posibilidades del hombre son prácticamente infinitas. El impulso a explorar y descubrir es innato al hombre.

—¿Qué fue lo primero que pensó cuando sobrevino el aterrizaje en la Luna del «Apolo XI»?

—Que la Luna no sea utilizada para fines militares, sino que permanezca siendo un lugar neutral para la investigación científica. Que el éxito espacial haga abandonar la carrera de armamentos por la competición tecnológica. En fin, que después de haber conquistado la Luna, la tecnología vuelva de nuevo a la Tierra para hacerla más habitable, más humana, más justa. ■ A. M. (Traducción: ALONSO IBARROLA.)

